Importancia y prestancia del libro

◆

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

El hombre, en medio de desatinos y errores, crea importantes inventos, aporta obras geniales que aunque espaciadas y lejanas en tiempo y espacio, representan muestras de su inteligencia resplandeciente, de su capacidad de creación. Tal es el caso de la escritura y de su fruto más selecto, el libro.

Durante varios siglos el saber humano se constituyó a través del lenguaje, de la palabra hablada, del verbo; mas un día, allá por el quinto milenio antes de Cristo, en la Mesopotamia —que hasta hace poco estuvo presente en cruenta tragedia—, en esa pródiga tierra no sólo en petróleo sino en ricos hallazgos materiales y espirituales, en esas llanadas surcadas por dos caudalosos ríos, un pueblo, el sumerio, que había alcanzado importante estadio de civilización asentándose en tierras propicias y fecundas, que pastoreaba sus ganados cada día más crecidos, que habitaba en casas sencillas y rudimentarias —pero superiores a las cuevas o a las puras tiendas de pieles—, que tenía una cohesión social firme, una dirección política en cierne, unas concepciones religiosas aunque débiles existentes y una gran habilidad artesanal, comenzó a decorar sus objetos de cerámica, movido por el deseo de expresar el mundo que lo rodeaba, al igual que lo hicieron los hombres de las cavernas, quienes desearon representar con dibujos los animales, las plantas y los hombres.

Los portadores de las culturas de Obeid y de Warka, la antigua Uruk, situados al sur del Eufrates y el Tigris, fueron en lejanos siglos los creadores de la escritura. En tabletas de arcilla, con un sistema pictográfico que empleaba signos y palabras-sonidos, esto es, en el que coexistían valores ideográficos y valores silábicos, y con el que se representaban cosas concretas o abstractas, crearon la escritura.

Estudiosos modernos afirman que la escritura surge en regiones en las que al lado de condiciones geográficas favorables, como son amplios valles atravesados por inmensos ríos, ricos en recursos, existe una población en condiciones sociales, económicas, políticas y culturales propicias. Afirman que en otras zonas como Egipto, dividido de sur a norte por el Nilo, y también en Asia, en los caudales y cauces que forman los ríos Amarillo y Yang Tse Kiang, y podríamos agregar en Mesoamérica, cuna de civilizaciones, en todas esas áreas, se producen a lo largo del tiempo sistemas de escritura más o menos desarrollados que significan el anhelo del hombre de perpetuar la palabra, el verbo; de aprisionar con signos multitud de ideas, parte de su conocimiento.

Con el advenimiento de la escritura, los pueblos del mundo se separaron en dos grupos que los diferenciaron profundamente, pues de un lado quedaron los que contaban con un

sistema de escritura y por el otro los que carecían de él. Aun pueblos de la misma rama, como algunos indoeuropeos, fueron clasificados como bárbaros al no desarrollar la escritura; tales los germanos y los partos.

Mas la escritura tendrá que esperar hasta el florecimiento de una cultura excepcional para poder alcanzar sus expresiones supremas. Fueron los griegos quienes al desarrollar un alfabeto sobre las bases de otros pueblos, entre estos, el fenicio, lo llevaron y llegaron a la perfección. Los griegos, opina André Varagnac, fueron los primeros en fijar las características de la escritura y reflexionar acerca de ellas, las cuales son: su invariabilidad, su generalidad y su precisión. Al crear una auténtica metafísica de la escritura, se dieron cuenta de que no era posible depender de la tradición oral que sufre variantes inmensas, sino que era preciso establecer una fijeza, una invariabilidad en la escritura. Esa ausencia de cambio debía ser general. La palabra al despojarse de todas sus resonancias particulares, lograba que su significación fuera universal, intemporal. La precisión indica que la escritura debía ser escuela de justeza, de expresión, de exactitud. Escribir es pensar cada palabra verificando la minuciosa correspondencia con su modelo ideal.

Los griegos además van a añadir a la escritura un profundo sentido lógico. Al fundar sobre la escritura el reino de las ideas puras, intelectualizaron su cultura, la cual, unida al caudal inmenso de la cultura latina y los ideales fraternales y generosos del cristianismo, producirá sus frutos más sazonados y mejores, en el alba de los grandes descubrimientos.

El libro, aparecido según los eruditos al comienzo de la época alejandrina, esto es, hacia la primera mitad del siglo III a. C., ya como algo usual que había penetrado en la vida de los pueblos cultos y se había vuelto indispensable, gozó, como había gozado el pensamiento y la sabiduría escrita, de un prestigio. Los conceptos que en el *Libro de los proverbios* hacen referencia al saber adquirido por el estudio quedarán indelebles: "La sabiduría del hijo aumenta el honor y nobleza de su padre y por el contrario, el hijo ignorante es causa de tristeza a su madre y de ira y dolor a su padre y confusión suya." Este concepto trasladose a los libros para los cuales la antigüedad clásica acuñó las mejores definiciones, identificando a la sapiencia con los propios libros.

Aristóteles, el filósofo, escribirá entre los primeros que: "el conocimiento, las letras, entre las cosas prósperas son ornamento y entre las adversas refugio", y Plinio dirá a su vez que: "los hombres que de él y de ellas se ocupan, siempre serán admirados por los demás y estimados tanto por la diligencia que ponen en inquirir y buscar el saber, cuanto por la bondad con que lo comunican". Marco Tulio irá más allá al ponderar la necesidad de apoyar a los estudiosos, lo cual, afirmaba, revertía en beneficio general.

> Es muy útil a las Repúblicas —escribía en su Oración a Bruto— tener hombres doctos que se ocupen de escribir libros, porque muy ilustres hechos de muy excelentes varones, quedarían en perpetuo olvido sepultados, si los que escribieron no hicieran de ellos mención; y las artes y las ciencias no estuvieran en la perfección que están, si los que saben no las comunican en sus libros.

El apoyo a la cultura por parte de los gobernantes convirtiose así, desde los primeros tiempos, en una obligación insoslayable, la cual recordaba Edigio Romano al afirmar que "el rey debe tener mucho cuidado de que en su reino florezcan los estudios de las letras, y que en ellos haya muchos sabios e ingenios, para que sus súbditos no estén envueltos en las tinieblas de la ignorancia".

De esta concepción deriva el auxilio prestado a las instituciones de cultura por los buenos gobernantes y las alabanzas innúmeras que la antigüedad clásica deparó a quienes la proporcionaron estableciendo bibliotecas, creando estudios, universidades, colegios y seminarios destinados al cultivo de las ciencias y las artes, actos con los cuales cumplíase con los anhelos expresados por Platón en su *República*, de que "los príncipes fuesen filósofos para que pudiesen gobernar a los hombres conforme a las leyes divinas y a la buena y recta razón".

La Edad Media y el Renacimiento no escatimaron sus elogios a los libros. El valenciano Luis Vives, cuyos *Diálogos latinos* fueron traducidos al español por uno de nuestros primeros humanistas, Francisco Cervantes de Salazar, escribía que los libros

> Sazonan las cosas alegres y moderan las tristes, reprimen los ímpetus temerarios de la juventud, alivian las molestias de la vejez, sea en público o en particular, en la soledad y en la frecuencia, en el ocio y en el negocio, que nos acompañan y hacen presencia y aun nos presiden, favorecen y ayudan.

Y justamente en los albores del Renacimiento, el hombre va a hacer otra genial creación, la invención de la imprenta, mediante la cual el libro va a adquirir sus máximas posibilidades, la de multiplicarse indefinidamente por medios mecánicos y difundirse en núcleos cada vez más amplios. La invención de la imprenta por Gutenberg representó una auténtica revolución cultural; Gutenberg se había formado en los talleres xilográficos que Lorenzo Jansoon Coster (1379-1439) tuvo en Harlem; después de sus ensayos en Estrasburgo perfeccionó en Maguncia su descubrimiento; imprimió la Biblia de 42 líneas en primer término y más tarde la de 36, y ya en 1460 su célebre *Catholicón*, impreso también a dos columnas en tipo gótico. A partir de esos años la imprenta se introduce por doquier: en Italia, en Subiaco, en 1464; en Roma, en 1467, habiéndose impreso las epístolas de Cicerón y la obra de Lactancio, y en Venecia, en 1469; en París, en 1470, y en Westminter, Inglaterra, en 1474. A España llegó después de 1470. Pasará a América gracias a las gestiones de fray Juan de Zumárraga y Antonio de Mendoza en 1539, año en que se establece en México el primer impresor, Juan Pablos de Brescia, empleado de un impresor alemán establecido en Sevilla, Juan Cromberger.

El libro impreso, al igual que otros extraordinarios inventos de esa centuria, va a caer en manos de ricos burgueses, de hombres con capital, quienes se dedican a difundir las obras que tienen más salida, las que tienen mayor demanda como Biblias, misales, breviarios, gramáticas elementales, calendarios, indulgencias, haciendo de ello una mera industria. Por otra parte, ciertos estados prohijan la publicación de libros que apoyan sus intereses políticos-ideológicos. Junto a esos hechos innegables hay que señalar la acción positiva que provocó el libro como elemento de formación y unificación de las lenguas. Sabemos que antes de 1560 se imprimió más de un millón de ejemplares de la *Biblia* de Lutero, y que el *Book of Common Prayer* en Inglaterra corrió por todas las manos, contribuyendo no sólo al aumento de los grupos letrados, sino a la unificación lingüística y de paso a la retención de formas populares dentro de las lenguas vernáculas que iban evolucionando poco a poco. Tampoco hay que olvidar que en esos primeros años aparecerán en las imprentas europeas las famosas cartillas o catecismos alfabetizantes, mediante los cuales se podía enseñar breve y eficazmente a leer y escribir y al mismo tiempo se catequizaba a sus usuarios. Estas cartillas fueron el modelo de las utilizadas por los misioneros, los religiosos, para enseñar doctrina cristiana a la vez que alfabetizar a numerosos grupos de indios en el Nuevo Mundo.

Los libros que vendrían a Nueva España y también los primeros que aquí se imprimieron, que fueron cientos, los hemos dividido en las siguientes categorías: libros normativos, esto es, los que contienen las prescripciones del Estado y de la Iglesia, la interminable serie de normas religiosas y políticas que encuadran y organizan a la sociedad mexicana. Teología y derecho van a ser las materias fundamentales que en muy diversas formas regirían el espíritu y la vida entera de los novohispanos. Ellas dejan cierto campo libre a las letras de ficción, a las bellas letras y a las de entretenimiento consagradas a la enseñanza.

Otro tipo de libros corresponde a los enseñantes, principalmente los consagrados a la enseñanza de los indios y el aprendizaje de sus lenguas. Los trabajos de Irma Contreras y de Ascención Hernández de León Portilla representan parte de la inmensa bibliografía que sobre este campo existe.

Un tercer tipo es el de los libros organizativos o regulativos, que son en cierto aspecto también normativos, y son los que fijaron las pautas jurídicas de la sociedad novohispana y contuvieron las disposiciones legales y políticas que la metrópoli impuso a esta parte de su vasto imperio. Entre las primeras y principales se encuentran las *Ordenanzas y compilación de leyes,* de don Antonio de Mendoza, que datan de 1548. Posteriormente, en 1563, el virrey Velasco ordenaría la compilación de leyes conocida como *Cedulario de Puga.*

Lugar aparte merece la literatura científica y humanística. Muy temprano, en 1554, saldrían de la imprenta de Juan Pablos los *Diálogos Latinos* de Juan Luis Vives. En 1559 el segundo gran impresor, Antonio de Espinoza, edita el *Túmulo Imperial,* o sea, la relación de las exequias hechas al emperador Carlos V. Después de ésta un sinnúmero de obras del más depurado humanismo surgirán de las prensas novohispanas. También las ciencias campearon en esa titánica labor de cultura que se desarrolló y acrecentó a partir de la fundación de nuestra Universidad en 1553. Uno de los primeros libros médicos aquí publicados es la *Opera Medicinalia* del doctor Francisco Bravo, que imprimió Pedro Ocharte en 1570. A ella seguiría la *Summa y Recopilación de Chirugía, con un arte para sangrar muy útil y provechosa,* del maestro Alonso López, cirujano y enfermero del Hospital de San José de los Indios. Esta

obra fue impresa en 1578 por Antonio Ricardo, notable impresor al que correspondería llevar al Perú el arte de la imprenta. Fray Agustín Farfán, religioso agustino, publicaría en 1592 su *Tratado breve de medicina y de todas las enfermedades.*

Con base en los estudios del doctor Francisco Hernández, el dominico fray Francisco Jiménez escribiría y publicaría en 1615 sus *Cuatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas y animales...* Gracias la experiencia alcanzada en los nosocomios novohispanos, el eremita Gregorio López escribiría su *Tesoro de Medicina,* el cual sólo se editó en 1672.

Las ciencias físicas y matemáticas también contaron con espléndidos cultores. Pedro Ocharte imprimió en 1577 el tratado *De Sphera, Liber Unus,* del notable matemático, el abad Maurolici. El mismo Ocharte en 1587 imprime la *Instrucción Naútica para el buen uso y regimiento de las naos, su traza y gobierno conforme a la altura de México,* del doctor Diego García de Palacio, y así van apareciendo extraordinarias obras científicas como el *Theatro Americano,* del notable sabio potosino Villaseñor y Sánchez y las de Carlos de Sigüenza y Góngora, entre muchas más,

Cientos de libros que podemos enmarcar dentro de los tipos señalados aparecieron en Nueva España a partir de 1539. Al mismo tiempo, en los numerosos seminarios, colegios, universidades e institutos se crearon importantes bibliotecas, cuyos fondos demuestran a las claras la importancia que los libros tuvieron en el adelanto científico y humanístico de México; además, que a través de ellos se difundieron los ideales de fraternidad, los principios igualitarios y defendieron celosamente la justicia y la libertad.

Nuestro rico trasfondo de igualitarismo y fraternidad, los ideales humanísticos, nuestro sentido de nacionalidad, todo ello se diseminó a través de los libros de Las Casas, Quiroga, fray Alonso y Sahagún, en el primer siglo de la Nueva España, y en los posteriores, gracias a las obras de Sigüenza y Góngora, de Sor Juana, de Villaseñor y Sánchez, de Eguiara y Eguren, de Alegre y Clavijero, de Bartolache y Alzate.

Si muchos de estos hombres anhelaron una patria libre, regida por los mismos mexicanos, la guerra de Independencia, primero, y luego medio siglo de desorden, anarquía e invasiones militares, rompieron la tradición humanística. Todo lo que olía a Viejo Régimen fue abandonado y destruido, los colegios y sus bibliotecas se extinguieron y miles y miles de libros quedaron embodegados y olvidados. La sociedad mexicana, y esto fue observado por numerosos mexicanos, si tendió a crecer, no contó con las instituciones que pudieran cultivarla. Gran parte vivía en plena ignorancia y por tanto en servidumbre como dijera Fernández de Lizardi, preocupado por la decadencia de la instrucción pública. En las primeras décadas del México independiente se harán esfuerzos por regenerar el país. Alamán, Bustamante, Barquera, el doctor Mora, pugnarán por renovar las instituciones, y en sendos libros en los que harán análisis sociológicos de extrema importancia, expondrán sus ideas de gobierno, sus intentos de proteger y afianzar la cultura, sus planes de transformación o reforma del país. La guerra de Reforma, que fue, de acuerdo con la atinada observación de Guillermo Prieto, el primer gran movimiento ideológico, dio las bases para una reestructuración educativa que no pudo efectuarse sino hasta después de 1867, luego de la caída del Imperio. Correspondió a Benito Juárez poner las bases de una transformación cultural importante, y a él debemos tanto la creación de la Biblioteca Nacional en 1867, como la aprobación de la Ley de Instrucción Pública, que ha regido en sus lineamientos generales hasta el día de hoy.

En esta crisis que las humanidades y las ciencias sufrieron en la primera mitad del siglo XIX, no estuvimos solos. Todo el antiguo Imperio español experimentó crisis semejantes, y fueron sus próceres más ilustres, Baquijano en Perú, Bello en Chile, Sarmiento en Argentina, quienes realizaron inmensa tarea para educar al pueblo.

Si Lizardi escribía:

> Es menester creer y confesar que mientras no haya cuidado en un pueblo católico de instruir a su mayor parte en los principios de nuestra religión, en la sana moral, y en aquellos primeros rudimentos de leer y escribir bien, jamás sabrá usar de su razón y sus potencias, ni menos las obligaciones que lo ligan con Dios, con el Rey, consigo mismo ni con los demás hombres.

Y agregaba:

> Sólo los tiranos han procurado en todos tiempos destruir los caminos que conducen a los pueblos a su mayor ilustración. Tanto déspotas como bárbaros han creído que en la ignorancia de aquellos hombres infelices que trataban como esclavos, consistía la seguridad de sus ensangrentados tronos. Por esto, unos desterraron a los filósofos de sus estados, otros quemaron las más preciosas bibliotecas y todos conspiraron contra aquellos pocos hombres que se decidían a desengañar a sus semejantes de algunos errores.

Y en Santiago, cuando auxiliaba a Bello en su meritoria labor, Sarmiento, en uno de los diversos periódicos en los que escribía, asentaba:

> Es el trabajador el instrumento de la riqueza, y mal puede labrarse la tierra con instrumentos embotados, que no es otra cosa el labriego rudo, incapaz de realizar cuanto más de concebir idea alguna, que se aparte del estrecho círculo de sus prácticas ignorantes.

Y ante la inmensa tarea que se presentaba a todos los gobernantes y frente a la imperiosa necesidad de utilizar todos los medios que estaban a su alcance, valora la importancia de la escuela y la importancia del libro.

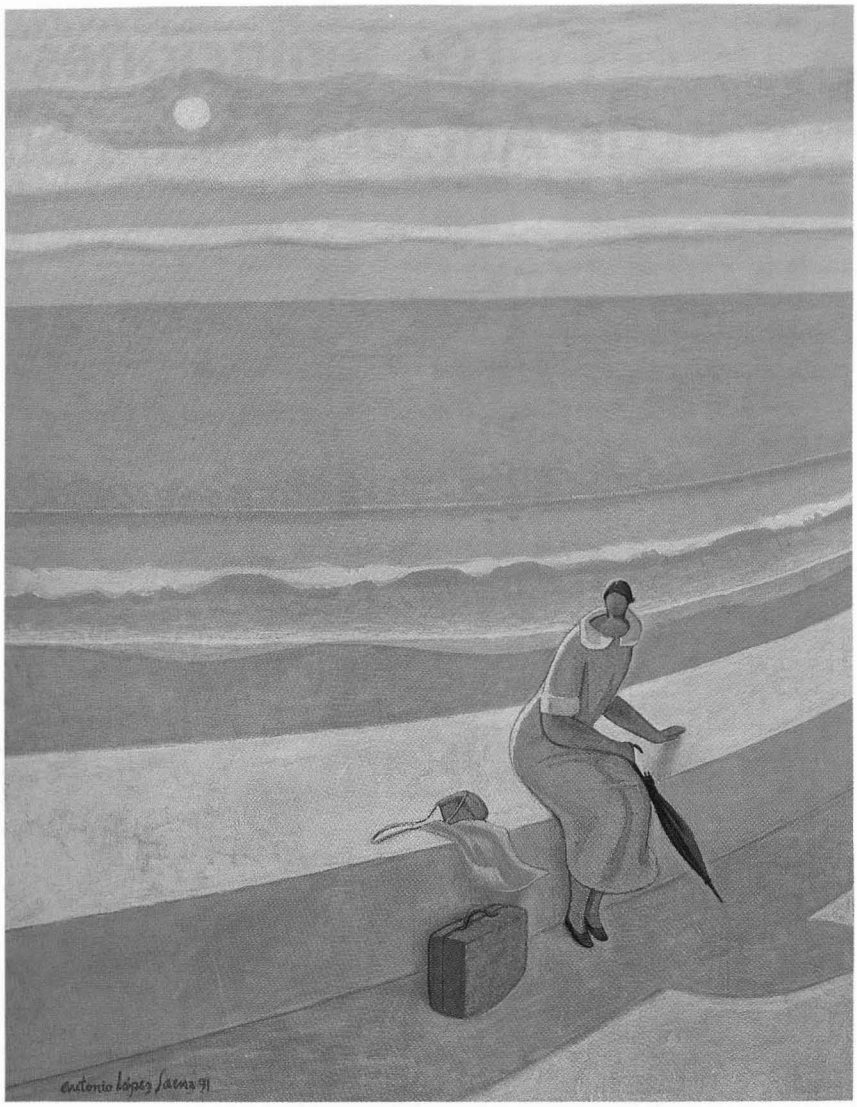
> La escuela —afirma— es sin duda un primer paso para la posterior instrucción de los que a ella concurren, pero la es-

> cuela no contiene en sí la instrucción misma, y aun aquellos rudimentos que proporciona, son sólo simiente sembrada para otra generación y otra época. No así la biblioteca; ella encierra o podrá encerrar en sus estantes un prontuario de todos los datos, nociones y conocimientos que forman el caudal de las ideas de nuestra época.

Y en otra parte asienta: "La escuela y el libro, o más bien la biblioteca, son dos cosas que se suponen la una a la otra. Los libros piden escuela, las escuelas piden libros."

Como vemos, en los hombres generosos de toda América, existía la creencia en el valor del libro, en su acción mutante y en el papel que en la formación de la cultura realiza la biblioteca, la cual definieron como el agente más poderoso para la difusión de conocimientos.

Un esfuerzo prolongado en torno de la instrucción elemental, de la fundación de bibliotecas, y en suma en beneficio de la cultura, se hizo en nuestras patrias durante más de medio siglo. En México, como consecuencia del desajuste social que existía, surge la Revolución de 1910, la cual enarbola también como bandera algo que ya existía en la Constitución de 1814, en la Constitución de Apatzingán, es decir, la necesidad de instruir al pueblo y llevarle los beneficios de la cultura.



Mujer en el malecón, 1991, óleo/tela, 89.5 × 69.5 cm

Así, instaurado el gobierno revolucionario en 1921, uno de los hombres más constructivos que hemos tenido, José Vasconcelos, surge a la palestra; él entenderá la necesidad de reforzar la instrucción del pueblo y de difundir la cultura universal. Vasconcelos creó una mística de la educación, sustentada en auténtica filosofía educativa que nunca más se ha vuelto a tener. La extraordinaria labor de las misiones culturales, de las escuelas rurales, de creación de bibliotecas y la edición de miles de libros de los clásicos universales que aportarán al país las ideas más vigorosas que la humanidad ha tenido desde sus inicios, constituyeron buena parte de su obra. Él, como Sarmiento, se propuso destruir la barbarie imponiendo la civilización, exterminar la ignorancia mediante intensa labor de instrucción pública y despejar las mentes adormecidas a través de la distribución de miles y miles de libros, acción que también permitió que las ideas de Sófocles y Homero, de Tagore y Tolstoi, de Plutarco y Plotino, pudieran esparcir sus bondades en un pueblo ansioso de renovación, de luces, de justicia y de saber.

La Revolución mexicana, para sentar las bases permanentes de esa labor, creó hace varias décadas la Comisión de Libros de Texto Gratuitos. Gracias a instituciones como ésta, miles de mexicanos pueden tener los cimientos necesarios para una posterior instrucción, para acceder a escalones superiores de la cultura. Sigue hoy siendo el libro el portavoz de todas las ideas, el medio indispensable para satisfacer los anhelos más nobles y dignos de los hombres.

El haber mencionado en estas páginas la labor civilizadora de Sarmiento, Mora, Lizardi y Vasconcelos, entre otros, fue para mostrar cómo México y América Latina en general, desde hace más de ciento cincuenta años, han realizado grandes esfuerzos para mejorar la cultura del pueblo y así garantizar su libertad, su bienestar. En esa labor se ha entendido que el libro es el instrumento más eficaz de transformación, puesto que en él se encuentra el pensamiento humano, en él se conserva, no fosilizado, sino actuante. El hombre nuevo que lo lee halla un nuevo mensaje cada día, un nuevo estímulo transformador. Él hace que no se pierda el conocimiento humano, como ocurre con otros medios de comunicación, conocimiento que está siempre actuante, en renovación continua, gracias a los nuevos libros a los que da lugar. ◆